

NUEVOS MITOS E IDOLATRÍAS

“La ciencia lo dice”: Un culto materialista y anticientífico

INTERNACIONAL

14_12_2021

**Enzo
Pennetta**



“Lo dice la ciencia”: ésta es una de las frases que más se ha generalizado en los últimos años, y las decisiones relacionadas con todos los aspectos de la vida social se toman cada vez más en nombre de la ciencia. Esto hace que sea necesario aclarar lo que

realmente significa o si realmente tiene sentido.

En primer lugar, hay que decir que no existe la “ciencia”, sino que hay personas identificadas como “científicos” que hacen afirmaciones que son científicas precisamente porque están abiertas a la refutación. El filósofo Karl Popper enseñó que una afirmación no puede considerarse científica si no ofrece la posibilidad de que se demuestre que es falsa. Impedir la expresión de voces críticas, posiblemente con la justificación de la inadecuación del interlocutor, es por tanto una contradicción si queremos permanecer dentro del método científico. El verdadero científico también responde a todo el mundo, debe ser capaz de explicarse incluso a personas no competentes de cultura media. De hecho, una frase atribuida a Einstein decía que “no has entendido realmente algo si no puedes explicárselo a tu abuela”.

El verdadero científico nunca es arrogante, lo que contrasta con la actitud a menudo burlesca de algunos miembros de la ciencia que debaten públicamente cuestiones de impacto social. El Premio Nobel de Física Richard Feynman afirmaba que “la ciencia es creer en la ignorancia de los expertos”.

“La ciencia lo dice” como afirmación dogmática no sólo es en sí misma anticientífica, sino que es una afirmación que sólo se ha hecho posible gracias a una lenta pero continua labor de “disminución” del nivel escolástico que ha llevado a la transmisión de nociones cada vez menos comprendidas, hasta alcanzar un valor dogmático. Un fenómeno descrito por el escritor Aldous Huxley en su obra *Un mundo feliz* cuando, a propósito de la educación científica impartida, hace decir a uno de sus personajes: “No habéis recibido una cultura científica y, en consecuencia, no podéis juzgar”. La cultura científica es una cultura de la duda y es lo contrario de la fe en la ciencia.

La fe en la ciencia experimental va en contra de su fundador Galileo Galilei, gracias a la cual se superó el principio de autoridad, el *ipse dixit*, a partir de ese momento nadie pudo discutir el “es verdad porque lo digo yo, que yo soy la autoridad”. Pero en los mismos años la ciencia se convirtió en un instrumento de poder en la obra de Francis Bacon que, en su utopía *La Nueva Atlántida*, señalaba a los científicos como los nuevos sacerdotes y guías de la sociedad. La ciencia, en Bacon, se convirtió en un sucedáneo de la fe que podía sustituir a la política y a la ideología. Esto sucedió, por ejemplo, con el fin del comunismo, cuando un sistema “mitopoético” científicista ocupó el lugar de la ideología marxista. El carácter –necesariamente común– de esta sustitución es la pretensión de ofrecer una salvación: se pasa de la salvación de clase del comunismo a la salvación física de la ciencia experimental, ambas unificadas en el materialismo.

La ciencia se convierte en fe cuando reclama y sobre todo cuando se le reconoce el derecho a convertirse en explicación de todo el cuadro de la realidad, olvidando que el límite epistemológico de la ciencia experimental es que es imposible hacer afirmaciones de sentido. Aceptar la ciencia como explicación de todo es hacer una elección fundamental que niega el sentido. Jacques Monod, en su libro *El azar y la necesidad*, situó como base de la ciencia el postulado de la objetividad, es decir, “el rechazo sistemático a considerar la posibilidad de alcanzar un conocimiento verdadero mediante cualquier interpretación de los fenómenos en términos de causas finales”.

La ciencia como instrumento único o soberano para tomar decisiones sobre la vida política y social de una población es, por tanto, en sí misma la elección de una falta de sentido y, en última instancia, la negación de una humanidad que valore la ética, lo trascendente y lo propiamente humano; es delegar para construir una sociedad basada en principios biofísicos. La sociedad científica como sucedáneo de la religión necesita sus propias tablas de leyes que pueda venerar y respetar, sacerdotes y gurús de túnica blanca, necesita también identificar a los transgresores y herejes y mantener los rituales de la sociedad religiosa, además de desarrollar un lenguaje propio compuesto por términos, símbolos y gestos que tengan un valor de identificación y reconocimiento.

El cientificismo ha atraído a los huérfanos del marxismo, y por eso sigue siendo adoptado hoy por quienes provienen de esa tradición. “Vota por la ciencia” ha sido utilizado de forma significativa como eslogan de un partido en una reciente campaña electoral. El riesgo de que el cientificismo se imponga como sustituto reductor de una teoría del mundo se hace real cuando una visión anterior entra en crisis o simplemente se debilita, una frase referida al fin del comunismo decía: “Marx nos ha dejado en la estacada... no nos queda otro remedio que la perspectiva de modernizar el país”.

El riesgo de un cambio similar también puede estar oculto en una visión religiosa que se vuelve demasiado hacia lo social, distrayéndose de lo trascendente, que se convierte en un discurso político, una religiosidad “adulta” que se ocupa principalmente del cuerpo, dejando de reconocer las necesidades profundas del espíritu, que mira al progreso pensando que la tradición es algo del pasado que hay que superar y quizás olvidar.

Después de que Marx dejara al comunismo en la estacada, la opción de volverse hacia el cientificismo podría parecer también la perspectiva de una religiosidad decepcionada y reducida a una doctrina social, por lo que el camino seguido por los huérfanos del comunismo podría ser compartido por un cristianismo cansado, empeñado en lo social y demasiado confiado en una salvación biológica que viene de la ciencia.